

por su nombre y le suplicó que se mantuviera firme. Los más valientes se reunieron, volvieron á la carga atacando con preferencia á los jefes. El mismo general se precipitó sobre uno de los más valientes sevillanos y lo mató. El desorden se introdujo en la multitud. Retróceden, se empujan, se oprimen, los caballeros redoblan su energía y los sevillanos no tardan en huir por todas parte.

Lleno de gozo, Djad se lanza á palacio, estrecha á su hermano sobre su corazón y besa respetuosamente la mano del príncipe. «Gracias á Dios, esclama, que aun he podido salvaros.—Ya era tiempo, le respondió su hermano, media hora más y estamos perdidos.—Sí, añadió el príncipe, ya no esperábamos mas que la muerte, pero no pensemos ahora mas que en la venganza! Que se castiguen á esos rebeldes poniendo sus casas á saco, que se saquen á Ibn-Angelino y á sus cómplices de la prision, que el verdugo les corte la cabeza y que sus bienes sean confiscados!»

Mientras que estos dos infelices marchaban al suplicio, Sevilla presentaba un horrible espectáculo. Sedientos de carnicería y ávidos de botin, los caballeros de Djad de-

gollaban á los fugitivos y saqueaban sus casas. Felizmente para los renegados habia entre ellos y los clientes omeyas de Sevilla, lo que se llamaba una alianza de vecindad. En consideracion á esta alianza, los clientes pidieron y obtuvieron gracia para sus conciudadanos, y poco despues el Sultan mismo concedió una amnistía general. No era mas que un respiro los renegados tocaban ya á su ruina.

Cuando el príncipe Mohamed volvió á Córdoba con Djad y sus tropas, llegaron mensajeros de Ibn-Hafzun, (que estaba entónces en paz con el Sultan) para pedirle la cabeza de Djad, porque este general había hecho perecer á Ibn-Galib aliado de su señor.

El poder de Ibn-Hafzun y el temor que inspiraba al Sultan, eran entónces tan grandes, que Djad, aunque no había hecho mas que obedecer á su señor, temía, no sin motivo, ser sacrificado al jefe de los renegados. No encontrando para sustraerse al peligro que le amenazaba mas medio que una pronta fuga, abandonó la capital de noche y en secreto para buscar un refugio al lado de su hermano el gobernador de Sevilla. Iba acompañado de sus dos hermanos Hachim

y Abd-el-ghafir, de algunos amigos, entre los que se encontraban dos coreiscitas, de sus pages y de sus esclavos. Costeando el Guadalquivir llegaron al amanecer al castillo de Siete Filla. Pidieron y obtuvieron permiso de detenerse allí algunos instantes para descansar y refrescarse. Desgraciadamente para ellos, la banda de berberiscos Tamachecca andaba entónces por aquellos alrededores, y los hermanos de Ibn-Galib que entónces servían en ella, habian notado la llegada de los caballeros al castillo. Habiendo reconocido á Djad y ardiendo en deseos de vengar en él la muerte de su hermano, avisaron á su jefe y le dijeron que podría fácilmente apoderarse de las monturas que estos caballeros se habían dejado fuera del castillo. Tamachecca se puso en seguida en camino con sus bandidos, y ya había echado mano á los caballos, cuando Djad y sus amigos, atraídos por los gritos de sus esclavos, cayeron sobre ellos espada en mano.

Léjos de huir, los ladrones se defendieron vigorosamente y como tenían la superioridad numérica mataron á Djad, á sus dos hermanos y á un coreiscita.

Este acontecimiento tuvo las mas funes-

tas consecuencias para los españoles de Sevilla. Fué sobre ellos sobre los que Omeya, impotente para castigar á los verdaderos culpables, quiso vengar la muerte de sus tres hermanos. Entrególos pues, á los Khaldun y á los Haddjadj, que habia llamado ya á la ciudad y á los que dió pleno poder para saquear y esterminar á todos los españoles, cristianos, ó musulmanes donde quiera que los encontraran, en Sevilla, en Carmona ó en el campo. Entónces comenzó una horrible carnicería. Ciegos de furor, los Yemenitas degollaron españoles á millares. Por las calles corrían arroyos de sangre. Los que se arrojaron al Guadalquivir para escapar del cuchillo casi todos perecieron en las olas. Pocos españoles sobrevivieron á esta horrible catástrofe. Opulentos ántes, ahora se encontraron sumidos en la miseria.

Los Yemenitas conservaron mucho tiempo el recuerdo de esta sangrienta jornada; el rencor sobrevivió entre ellos á la ruina de sus adversarios. En los castillos señoriales y en los lugares del Axarafe y del Sened, en las nocturnas veladas, los improvisadores tomaban muchas veces por tema de sus cantos el triste drama que acabamos de referir, y entónces los Yemenitas con

la vista inflamada por un ódio sombrío y feróz, escuchaban versos tales como estos:

Con la espada en la mano, hemos esterminado esos hijos de esclavas. Veinte mil de sus cadáveres yacían en el suelo, las grandes olas del rio llevaban otros.

Su número era otras veces prodigioso, nosotros lo hemos hecho mínimo.

Nosotros hijos de Cahtan, contamos entre nuestros abuelos los príncipes que reinaban ántes en el Yemen: ellos esclavos no tienen mas que esclavos por abuelos.

¡Infames! ¡perros! con su loca audacia osaron venir á desafiar á los leones en su gruta.....

Nosotros nos hemos enriquecido con sus despojos y los hemos precipitado en las llamas eternas donde han ido á reunirse á los Themuditas. (1)

(1) Pueblo impío que no quiso creer á su profeta que Dios le había enviado.

XIV.

No fué al Sultan á quien aprovechó la ruina de los renegados de Sevilla, sino á la aristocrácia árabe. Desde entónces los Khal-dun y los Haddjadj, fueron los amos de la provincia; el partido realista era demasiado débil, y sobre todo, demasiado cobarde para disputarle el poder, y ni lo intentó siquiera. Únicamente Omeya, procuró hacerles frente. Hizo todo lo posible para sembrar la discordia entre el Berberisco Djo-naid y Abdallah-ibn-Haddjadj, que se habían repartido á Carmona; trató de malquistar á Coreb con su propio partido, y de ganárselo con las más brillantes promesas; hasta llegó á tomar medidas para desemba-

razarse de una vez de todos estos turbulentos yemenitas. Nada consiguió. Verdad es que hizo asesinar á Abdallah por Djonaid; pero en vez de ganar perdió en el cambio, porque á la muerte de Abdallah los Haddjadj eligieron por jeque á su hermano Ibrahim, hombre de gran talento, que se hizo mucho más temible que Abdallah. Coreb aunque fingía dar oídos á las proposiciones que le hacian, era demasiado astuto para dejarse engañar, y el gran proyecto que Omeya había formado para esterminar á los yemenitas se frustró completamente. Había mandado para ello cercar con una muralla la parte de la ciudad en que estaba el palacio, y la gran mezquita, y anunció que este recinto quedaría reservado exclusivamente para la guarnicion. Los Árabes comprendieron que el mejor dia, cuando entraran ó salieran de la mezquita, serian degollados por los satélites del gobernador. Representaron. Omeya no hizo caso. Entónces recurrieron á la fuerza, impidiendo á los albañiles continuar sus trabajos. Omeya reprimió á los sediciosos y los obligó á entregarle rehenes que respondieran con su cabeza de la sumision de sus familias; pero con esto no adelantó más. Los Yemenitas sabian

que el miedo de atraerse una terrible «vendida» sobre él y sobre su familia, le había de impedir el matar sus rehenes, y un día, cuando la mayor parte de los soldados habían salido por víveres, asaltaron el palacio. Omeya se subió á toda priesa al terrado, con los pocos soldados que le quedaban, mandó arrojar proyectiles á los sitiadores, é hizo colocar los rehenes á su vista, amenazando mandar cortarles la cabeza. Los revoltosos se burlaron de él y le digeron: «que pues que todas las provincias habían sacudido el yugo del Sultan, era natural que no quisieran que la suya se quedara atrás. Por lo demás, añadieron con amarga ironía; nosotros somos muy tratables, y nos comprometemos á ser el modelo de los súbditos, en cuanto una sola de las provincias insurrectas vuelva á la obediencia.» En cuanto al mismo Omeya no tiene, se digeron, más que un partido que tomar, que es el de irse, y que si se resolvía á hacerlo, no le harían daño alguno.

Omeya cedió á las circunstancias, apesar de su carácter orgulloso y testarudo. Prometió abandonar la ciudad á condicion de que juraran los rebeldes no atentar contra su vida. Entónces Coreb, Ibra-

hin y otros tres jeques subieron al terrado de la puerta oriental de la mezquita, y cada uno juró cincuenta veces no hacer á Omeya ningun mal y conducirlo á lugar seguro. Hecho esto, Omeya, que desde el terrado en que se hallaba, podía verlos y oírlos, les devolvió sus rehenes. Pero no se apresuró á marcharse avergonzado de su debilidad, y creyendo ya pasado el peligro, trató, por el contrario, de recobrar el poder. Apenas se percibieron de ello los Árabes, comenzaron de nuevo las hostilidades, y no queriendo Omeya ceder por segunda vez, tomó una resolución desesperada. Hizo matar á sus mugeres, cortar los jarretes á sus caballos, y quemar todo lo bueno que poseía, y luego, saliendo de palacio se precipitó sobre sus enemigos, peleando sin retroceder, hasta que sucumbió.

Ya omnipotentes, pero juzgando que el momento de sacudir enteramente el yugo del Sultán no había llegado todavía, le escribieron que habían muerto á Omeya, porque este había manifestado intenciones de rebelarse, y no pudiendo castigarlos el Sultán, aceptó estas esplicaciones, y les envió otro gobernador. Este pobre hombre, no fué más que un maniquí, del que Coreb é

Ibrahin movian los hilos. Dejábase manejar como si fuera de cera, y sin embargo, sus tiranos le atormentaban y le vejaban de todos modos. Economizaban los menores objetos de su despensa y apenas si le daban su ración de pan y carne. Creyendo sin razón que ganaría algo, reemplazó este gobernador por otro, enviando al mismo tiempo á su tío Hixem á Sevilla. Pero como no les envió ejército, el poder de los yemenitas quedó tan ilimitado como ántes. Demasiado lo experimentaron el gobernador é Hixem. Tenía este último un hijo llamado Motarrif, y este jóven libertino tenía relaciones con una querida de Mahdí. Súpolo éste, acechó á su rival una noche, y le dió de puñaladas. Habiendo recibido Hixem esta triste noticia, esperó sin embargo hasta el amanecer para ir al lugar donde yacía el cadáver de su hijo; tanto temía ser asesinado él mismo, si se aventuraba á salir de su palacio estando oscuro. En cuanto á castigar al asesino, ni siquiera se pensó en ello. Algun tiempo despues interceptaron los Kaldum una carta que el gobernador había dirigido al Sultan, escitándolo á vengar la muerte de Motarrif, y á poner término á la anarquía. Le enseñaron esta

carta le abrumaron de acusaciones y de amenazas, y para colmo de ignominia lo pusieron arrestado algunos dias. (1)

Tal era la situacion de Sevilla el año 891, cuarto del reinado de Abdallah. En esta época, casi todo el resto de la España musulmana se había emancipado de la obediencia cada señor árabe, berberisco ó español, se había apropiado una parte de la herencia de los Omeyas. La de los Árabes había sido la menor. No eran poderosos mas que en Sevilla; en todas los demás se mantenian trabajosamente contra las otras dos razas. Muchos de ellos, como Ibn-Ataff, señor de Mentesa, Ibn-Salim, señor de Medina, Beni-Salin, en el distrito de Sidona, Ibn-Waddhah, señor de Lorca y Al-Ancar, gobernador de Zaragoza, no ejecutaban las órdenes del Sultan, más que cuándo les convenía, pero no habian roto abiertamente con él, porque teniendo la conciencia de su debilidad, se habian reservado la posibilidad de una reconciliacion.

Los Berberiscos, que habian vuelto á su gobierno primitivo, el de los jeques de tribu, eran más poderosos y más intratables.

(1) Ibn-Haiyan, fól. 56 v.-59 v.

Mallahi, simple soldado, se había apoderado de la ciudadela de Jaen. En el distrito de Elvira, los dos hermanos Khalil y Said, que pertenecian á una familia muy antigua, poseian dos castillos. Las provincias que llevan ahora los nombres de Extremadura y de Alentejo, estaban enteramente casi en poder de los Berberes. Los Beni-Feranic, reinaban sobre la tribu de Nafza, establecida en los alrededores de Trujillo. (1) Otro Berberisco, Ibn-Takit, de la tribu de Mazmuda, que ya se había sublevado en Extremadura, en el reinado de Mohamed, y que se había apoderado de Mérida, de donde había echado á los Árabes y á los Berberiscos de la tribu de Ketama, se hallaba casi constantemente en guerra con el señor de Badajoz Ibn-Merwan, á quien no le perdonaba haber ayudado á las tropas del Sultan cuando asediaron á Mérida. (2) Pero la más poderosa familia berberisca era la de los Ben-Dhu-'n-zun. Su jefe era Muza, un solemne bribon, un gran malvado. Siempre alerta y yendo siempre á su negocio, pa-

(1) Véase Ibn-Haiyan, fól. 18 r., y v.-99 r. 100 r.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 10 r., y v.

seaba por todas partes la espada y la tea. Sus tres hijos se le parecían en fuerzas y en brutalidad. Eran Yahya el más pérfido y cruel de su raza, Fath, señor de Uclés y Motarif señor de Huete, algo mejor que sus hermanos. Cada uno tenía su pártida, con la que saqueaban y robaban.

Mas poderosos, aun, que los Berberiscos, los renégados eran tambien más humanos; muchos de sus jefes eran amigos del orden y de la civilizacion, pero el carácter de esta civilizacion era enteramente árabe; aun combatiendo contra los conquistadores, reconocian su superioridad intelectual. En la provincia de Oczonoba (que hoy se llama Algarbe, y que es la más meridional del reino de Portugal) reinaba Becr, biznieto de un cristiano llamado Zadulfo. Su padre Yahya, se había declarado independiente hácia el fin del reinado de Mohamed. Primero se hizo dueño de Santa María, luego de toda la provincia. El mismo Becr que residía en Silves, desplegaba una pompa enteramente régia. Tenía su consejo, su cancillería y tropas numerosas bien armadas y disciplinadas. Se admiraban las ingeniosas fortificaciones de Santa María, sus magníficas puertas de hierro, y su soberbia igle-

sia, (1) que no cedía en reputacion, sino á la llamada «del Cuervo,» á la que se hacía una famosa peregrinacion. (2) Léjos de considerar á los viajeros y mercaderes como su presa, Becr había ordenado por el contrario á sus súbditos que los protegieran y les dieran hospitalidad. Sus órdenes habian sido cumplidas: en la provincia de Osonoba, se decía, el viajero halla amigos y parientes donde quiera. Fuerte con las alianzas que habian contraido con Ibn-Hafzum, Ibn-Merwan de Badajoz, y otros jeques de su raza, Becr era pacífico sin embargo. Habiéndole ofrecido el Sultan reconocerlo como gobernador de la provincia, él aceptó este ofrecimiento, que en el fondo á nada le obligaba. Su vecino y su aliado al norte, era Abdelmelic-ibn-abi-'l-Djawad, que contaba á Beja y Mértola entre sus ciudades principales. Más al este, entre las montañas de Priego, reinaba el valiente Ibn-Mastana, el más activo aliado de Ibn-Hafzun. Sus nu-

(1) Véase sobre esta iglesia Cazwini. t. II, página 364.

(2) La iglesia del Cuervo se hallaba en el promontorio que lleva hoy el nombre de Cabo de San Vicente. Véase Edrisi, t. II, p. 22 y compárese con la «Esp. Sagr.,» t. VIII, p. 187 y sig.

merosos castillos, entre los que se encontraba Carcabulia, (hoy Carbuey) pasaban por inespugnables. Los señores de la provincia de Jaen eran todos aliados ó vassallos de Ibn-Hafzum, y eran: Khair-ibn-Chakir, señor de Jodar, que poco ántes de esta época había combatido con Sawar el jeque de los Árabes de Elvira, y le había quitado gran número de castillos; Said-ibn-Hadhail señor de Monteleon; los Beni-Habil, cuatro hermanos que poseían muchas fortalezas, tales como la Margarita y S. Esteban é Ibn-Chalia, que poseía, entre otros castillos, el de Ibn-Omar y el de Cazlona. Este último, que había reunido inmensas riquezas, recompensaba generosamente á los poetas, y vivía suntuosamente.

«Los palacios de nuestro príncipe decía el poeta Obaidis, su secretario, que había abandonado la corte del Sultan, para ir á ponerse á su servicio, (1) los palacios de nuestro príncipe están edificados por el modelo de los del Paraiso, y allí se goza de todas las delicias.... Allí se ven salas que no descansan en columnas, salas en las que el mármol está bordado de oro.» Otro jé-

(1) Véase Ibn-Haiyan, fól. 33 r.

que, Daisam-Ibn-Ishac, señor de Murcia, de Lorca y de casi toda la provincia de Todmir, gustaba también de la poesía, y disponía de un ejército en que se contaban cinco mil caballos. (1) Por su generosidad y su dulzura se había conciliado el amor de todos sus súbditos. (2)

Pero el adversario más temible del Sultán era siempre Ibn-Hafzum, y en los dos últimos años había obtenido grandes ventajas. Verdad que el Sultán se puso en camino en la primavera de 889 para atacarle en Bobastro. De paso le había tomado algunas plazas insignificantes y destruido algunos sembrados, pero este paseo militar que duró cuarenta días no produjo resultados serios, y cuando apenas el sultán estaba en Córdoba de vuelta, Ibn-Hafzum tomó á Estepa y á Osuna; y entonces los habitantes de Écija, se apresuraron á reconocerle por soberano, rogándole que viniera con sus tropas á la ciudad. «Écija es una ciudad maldita donde reinan la iniquidad y la infamia, decían en Córdoba; los buenos la han abandonado, y no quedan allí más que los malos. (3) Asusta-

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 45 r.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 7 r.-23 v.

(3) «Tarikh Ibn-Habid,» p. 153.

do con los rápidos triunfos de su adversario, el Sultan había ya hecho marchar contra él todas las tropas disponibles, cuando Ibn-Hafzum, contento con las ventajas obtenidas, y creyendo que era bueno contemporizar aun, le propuso un acomodamiento. Prometiéndole dejarle en paz, á condición de que le confiriera de nuevo el gobierno del territorio que poseía. Feliz por verse libre á tan poca costa, el Sultan consintió en su demanda. (1)

Pero Ibn-Hafzum entendía la paz á su manera. Poco despues de haberla concluido atacó al Berber-Bornos Abu-Harb, uno de los más leales servidores del Sultan, que residía en una fortaleza de la provincia de Algeciras. Habiendo sido muerto Abu-Harb en un combate, capitularon sus soldados entregando su fortaleza al renegado.

El sultan no tenía por qué congratularse mucho por las disposiciones pacíficas de Ibn-Hafzun, pero por otra parte, los más ardientes partidarios de éste se quejaban de lo que llamaban su debilidad y su inacción. No les tenía cuenta, porque para subsistir necesitaban precisamente de razias y de

(1) Ibn-Haiyan, fól. 390 v. 400.

botin. Así que Ibn-Mastana, uno de ellos prefirió á permanecer ocioso hacer una alianza con los Árabes vecinos que acababan de fortificarse en Cala-Yahcib, (Alcalá la Real) y tomar parte en las expediciones que hacían para saquear á las personas honradas que no habían querido sublevarse. Éstas reclamaron el auxilio del Sultán. Muy embarazado, porque ni podía dejar abandonados á sus súbditos, ni tenía bastantes soldados que enviarles, tomó Abdallah el partido de escribir á Ibn-Hafzun para suplicarle que se uniera con sus tropas á las que iba á enviar contra Ibn-Mastana y sus aliados Árabes. Ibn-Hafzun que ya tenía su plan y que estaba algo intranquilo con la alianza que Ibn-Mastana acababa de hacer con los enemigos de su raza, accedió á la demanda del sultán con mayor diligencia de la que éste se hubiera atrevido á esperar; pero en cuanto se unió á la division del general omeya Ibrahim-ibn-Khamir, hizo llegar secretamente á Ibn-Mastana, una carta en que le afeaba su alianza con los Árabes. «Sin embargo, añadía, cuento con vos como uno de los más fieles campeones de la causa nacional. Por lo pronto no teneis mas que hacer que per-

severar en la rebelion. No temais nada, que el ejército en que estoy no os hará ningun daño.» Atribuyéndose un poder ilimitado en el ejército, Ibn-Hafzun nada exageraba. Había eclipsado de tal modo al general omeya, que trataba á los soldados del Sultan como mejor le parecía, los arrestaba bajo diversos pretextos, les quitaba sus caballos para dárselos á los suyos, y cuando Ibrahim-ibn-Khamir le hacía alguna observacion, sabía siempre refutársela de la manera mas plausible. Su marcha á través del país enemigo, no fué mas que un paseo militar, como se lo había prometido á Ibn-Mastana, pero aprovechó la ocasion para entablar inteligencias con todos los Españoles que halló á su paso, y para ir á socorrer á los habitantes de Elvira que acababan de perder contra Sauwar la batalla «de la ciudad.» Como ya hemos dicho ántes fué ménos feliz en esta espedicion de lo que acostumbraba, pero el ligero contratiempo que sufrió no le desanimó de manera alguna. Fuerte con las alianzas que acababa de contraer y apercibiéndose acaso de que sus partidarios se impacientaban con sus con-temporizaciones y su conducta ambigüa, creyó llegado el caso de quitarse la máscara

ra, y después de haber puesto preso á Ibraín-ibn-Khamir y á otros muchos oficiales del ejército omeya, se declaró abiertamente contra el Sultan. (1)

Apénas hizo esta declaracion, cuando encontró aliados muy útiles en los cristianos cordobeses. No se encontraban ya estos en aquél tiempo en que para manifestar su odio á los conquistadores y su celo religioso, no hallaban otro medio que buscar el martirio. En medio del trastorno general, creían poder contribuir á la liberacion de la pátria, tomando las armas. Los mismos que poco tiempo ántes eran instrumentos de los Omeyas, eran ahora sus más encarnizados enemigos. De este número era el conde Servando. Hijo de un siervo de la Iglesia, no había retrocedido en otro tiempo ante ningun género de bajezas por agradar al monarca. Conociendo que para llegar á este fin el mejor medio era llenar el Fisco, ábrumaba con impuestos á sus correligionarios, obligándolos así á abjurar de su fé. No contento con matar á los vivos, ni siquiera respetaba á los muertos, porque para aumentar el odio que los musulmanes tenían á los cristianos, hacía

(1) Ibn-Haiyan, fól. 68 r.-69 v.

exhumar los cuerpos de los mártires de debajo de los altares y los enseñaba á los ministros del Sultan, quejándose de la audacia de los fanáticos que se habían atrevido á dar tan honrosa sepultura á víctimas de la justicia musulmana. Por entonces los cristianos le detestaban sobre toda ponderacion. Los clérigos agotaban el diccionario para encontrar términos injuriosos que aplicarle. Se llamaban insensato, insolente, orgulloso, avaro, rapaz, cruel, testarudo, presuntuoso, decian que tenía la audacia de oponerse á la voluntad del Eterno, y que era un hijo del demonio. Tenían escelentes razones para odiarle como le odiaban. Servando, habiendo puesto á contribucion todas las iglesias de la capital, obligó á estas que no podían pagar á sus sacerdotes á aceptar como tales los hombres cobardes y rapaces que Servando queria darles y que eran pagados por el estado. Además era el enemigo mortal de los llamados mártires y de sus protectores, á los que tendía lazos con una destreza y una astúcia verdaderamente diabólicas. En cierta ocasion había acusado al abad Samson y á Valencio obispo de Córdoba, de haber inducido á uno de sus discípulos á blasfemar de Mahoma, y

entonces dijo al Sultán: «Haga llamar vuestra alteza á Valencio y á Samson y que se les pregunte, si piensan que lo que ha dicho ese blasfemador es cierto. Si dicen que sí, deben ser castigados como blasfemos; si por el contrario él miedo les hace decir que nó mándeles vuestra alteza dar puñales, y ordéneles que maten á ese hombre. Si rehusan ya teneis la prueba de que ese hombre ha sido su instrumento. Que me dén á mí entonces una espada y yo los mato á los tres.» (1)

Pero habían trascurrido veinte años desde habló de esta manera. Desde entonces los tiempos habían cambiado mucho y los hombres del temple de Servando, cambian con ellos. Dotado de gran prevision se halló de pronto lleno de un ódio violento contra el Sultán que caía, y de una viva simpatía para el jefe del partido nacional que imaginaba iba á subir. Entonces acarició á sus correligionarios que ántes había perseguido, se conchabó con ellos é hizo todo lo posible para promover una sedicion. La corte descubrió alguna cosa de estos manejos é hizo prender á su hermano; pero él avisado á tiempo pudo salvarse con los

(1) Samson «Apologet.,» c. 5, 9.

otros cómplices. Una vez fuera de la capital ya estaba seguro, porque el poder del Sultan no se extendía más allá. No teniendo pues nada que temer, formó el proyecto de apoderarse de la importante fortaleza de Polei, (hoy Aguilar) á una jornada al Sud de Córdoba. (1) Como no estaba mejor guardada que las demás fortalezas del Sultan, logró su propósito, y habiéndose instalado en Polei propuso una alianza á Ibn-Hafzun. Este aceptó gozosamente su oferta, le envió algunos escuadrones y le recomendó que hiciera razias incesantes en la campaña cordobesa. Ninguno podía dirigirlas mejor que Servando que conocía palmo á palmo aquella tierra y que segun convienen los historiadores árabes, era un intrépido caballero. Llegada la noche salía de su castillo á donde volvía al amanecer, y casas destruidas, lugares incendiados y cadáveres insepultos señalaban su camino. Él mismo fué muerto en un encuentro, pero sus compañeros prosiguieron la sangrienta obra que había comenzado. (1)

Ibn-Hafzum, que acababa de tomar á Baena, (2) Se hallaba ya en posesion de las

(1) Ibn-Haiyan, fól. 70 r.-77 v.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 69 v.

fortalezas más importantes que se encontraban al sud del Guadalquivir. Casi toda Andalucía le prestaba obediencia; tan convencido de ello estaba el Sultan, que ya no condecoraba á nadie con los vanos títulos de gobernador de Elvira, ni de Jaen. (1) Orgullosa con su poder presente, el jefe de los renegados quiso también hacerlo duradero. Convencido de que bien pronto Córdoba había de caer en sus manos, y que entonces sería dueño de España, conocía también que si permanecía siendo lo que hasta entonces, tendría que luchar contra los Árabes que, de seguro, no habían de someterse á su autoridad, si se presentaba como el jefe de los españoles. Obtener otro título del Califa de Bagdad, ser nombrado por este gobernador de España, tal era su ambición, tal era su proyecto.

Su poder nada padecería, porque los Califas no ejercían más que una autoridad nominal sobre las provincias alejadas del centro del imperio, y si conseguía que el Califa le enviara un diploma de gobernador, podía esperar que los Árabes no rehusaran obedecerlo, pues que entonces no sería ya

(1) Ibn-Haiyan, fól. 71 r.

para ellos un español, sino el representante de una dinastía que respetaban como la primera de todas.

Decidido su proyecto, entabló una negociación con Ibn-Aghlab gobernador de África por el califa de Bagdad, y para ganárselo le ofreció al mismo tiempo presentes magníficos. Ibn-Aghlab recibió muy bien sus insinuaciones, le envió presentes á su vez, le animó á persistir en su proyecto y le prometió que haría de modo que el Califa le enviase el diploma solicitado. (1)

Esperando, pues, el momento de levantar la bandera abásida, Ibn-Hafzun se aproximó á Córdoba y estableció en Ecija su cuartel general. (2) Desde allí iba de cuando en cuando á Poley para apresurar la terminación de las fortificaciones que habia mandado construir y que debían hacer aquella plaza inespugnable, para llevar refuerzos á los soldados de la guarnición y para estimular su valor cuando había necesidad. (3) Dentro de algunos meses, quizás dentro de algunos dias, entraría vencedor en la capital.

(1) Ibn-Haiyan fól. 71 r.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 78 r.

(3) Ibn-Haiyan, fól. 70 r y v.-77 v.

Esta era presa de una profunda tristeza. Sin estar sitiada todavía, sufría ya todos los males de un asedio. «Córdoba, dicen los historiadores árabes, estaba en la posición de una villa fronteriza que está espuesta á cada instante, á los ataques del enemigo.» En diversas ocasiones, sus habitantes se despertaban sobresaltados en medio de la noche, con los angustiosos gritos de los infelices campesinos del otro lado del río que degollaban los caballeros de Polei. (1) Una vez llevó su audacia uno de estos caballeros, hasta avanzar al puente y lanzar un dardo contra la estatua que se hallaba encima de la puerta. (2) «El Estado está amenazado de una completa disolución, escribía un contemporáneo, las calamidades se suceden sin descanso, se roba y se saquea, nuestras mugeres y nuestros hijos son arrastrados á la esclavitud.» (3) Todo el mundo se quejaba de la inacción del Sultán, de su debilidad y de su cobardía. (4) Los sol-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 70 r., 71 r. y 77 v.

(2) «Akhbar madjmua,» fól. 111 v.

(3) «Tarihk Ibn-Habid,» p. 157. Este libro fué compuesto en esta época por un discípulo de Ibn-Habid llamado Ibn-abí-'r-rica. Véanse mis «Recherches.» t. I, p. 32, 33.

(4) Ibn-Haiyan, fól. 77 v.

dados murmuraban porque no se les pagaba. Las provincias habían dejado de enviar sus contribuciones y el tesoro se hallaba vacío. El Sultán había hecho empréstitos, pero empleaba el poco dinero que había recogido en pagar á los Árabes en las provincias que aun se mantenían por él. (1) Los mercados desiertos atestiguaban demasiado la ruina del comercio. El pan estaba á un precio exorbitante. (2) Nadie esperaba en lo porvenir, el miedo se había apoderado de todos los ánimos. «Pronto, escribía el contemporáneo que hemos citado ya, pronto el villano será poderoso y el noble se arrastrará en la abyección.» Se refería con terror que los Omeyas habían perdido su paladium, el estandarte de Abderramen I. Los faqués que miraban todas las calamidades públicas como castigo de Dios y que llamaban á Ibn-Hafzun el azote de la cólera celeste, (3) alborotaban la ciudad con sus predicciones lamentables. «¡Desgraciada de tí, oh Córdoba, decían, desgraciada de tí, vil cortesana, cloaca de impureza y disolución, morada de ca-

(1) «Akhbar madjmua,» fól. 111 v.; cf. Nowairi, p. 466.

(2) «Tarihk Ibn-Habid.»

(3) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 117.

lamidades y de angustias, desgraciada de tí, que no tienes ni amigos, ni aliados!» Cuando el capitán de la gran nariz y de la fisonomía siniestra cuya vanguardia se compone de musulmanes y la retaguardia de politeístas, (1) llegue delante de tus puertas, se cumplirá tu fatal destino. Tus habitantes irán á buscar asilo en Carmona, pero será un asilo maldito!» (2) En los púlpitos se tronaba contra la casa de la iniquidad, como llamaban al palacio, y se anunciaba con gran precision la época en que Córdoba había de caer en poder de los infieles. «¡Infame Córdoba, decía un predicador, Alláh te ha tomado odio desde que has llegado á ser la cita de los extrangeros, de los malhechores y de las prostitutas; él te hará experimentar su terrible cólera!»..... Ya veis oyentes míos, que la guerra civil asola toda la Andalucía. Pensad, pues, en otra cosa que en las vanidades mundanas!..... El golpe mortal ha de venir de ese lado en que veis las dos montañas, la montaña parda y la montaña negra..... Comenzará en el mes siguiente el de Ramadhan, despues

(1) Se sabe que los musulmanes llaman así á los cristianos.

(2) «Tarih Ibn-Habid,» p. 158.

pasará un mes, despues otro y entónces ocurrirá una gran catástrofe en la gran plaza del palacio de la iniquidad. ¡Habitantes de Córdoba, ocultad bien entónces á vuestras mugeres y á vuestros hijos! Haced de modo que ninguno de los que os sean queridos se halle cerca de la plaza del palacio de la iniquidad, ni en la de la grau mezquita, porque ese dia no se perdonará ni á las mugeres ni á los niños. Esta catástrofe tendrá lugar un viernes entre las doce y las cuatro y durará hasta ponerse el sol. El sitio mas seguro, será entónces la colina de Abu-Abda, donde ántes estaba la iglesia..... (1)

El Sultan era el que estaba acaso mas desanimado de todos. Su trono, aquel trono tan ardientemente ambicionado y que no debía mas que á un fratricidio, se había convertido para él en lecho de espinas. Ya no tenía medios. Había ensayado una política que creía hábil y prudente, y se había frustrado. ¿Qué hacer ahora? Volver á la

(1) «Tarikh Ibn-Habid,» p. 159, 160. Las últimas palabras significan evidentemente que los cristianos de Ibn-Hafzun, respetarían demasiado el lugar donde ántes estaba su iglesia para atreverse á cometer asesinatos en aquel sitio.

vigorosa política de su hermano? Aunque quisiera no podía, ni tenía ejército, ni dinero. Además, la guerra le repugnaba.

Abdallah era un príncipe poltron y devoto que hacía una ruin figura en un campo de batalla. Le fué pues, forzoso perseverar en su política de paz, á riesgo de ser engañado de nuevo por el astuto renegado que le había engañado tantas veces. Pero Ibn-Hafzun, seguro de la victoria, no quería ya acomodarse. En vano Abdallah le suplicaba que le concediera la paz; en vano le ofrecía las más ventajosas condiciones, Ibn-Hafzun rechazaba todas sus ofertas con desden. (1) Cada vez que sufría una repulsa, el Sultan, no esperando ya nada de los hombres se volvía á Dios. (2) Se encerraba en su gabinete como un hermita, (3) ó componía versos tristes como estos:

Todas las cosas de este mundo son transitorias, nada es durable aquí abajo. Apresúrate pues, oh pecador á despedirte de todas las vanidades mundanas y conviértete. Dentro de poco estarás en la caja y echa-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 70 v.

(2) «Akhbar madjmua,» fól. 111 v.

(3) Véase acerca del respeto que Abdallah tenía por los heremitas, Khochani, p. 322.

rán tierra húmeda sobre ese rostro ántes tan hermoso. Conságrate únicamente á tus deberes religiosos, entrégate á la devocion y trata de hacerte propicio al señor de los cielos! (1)

Una vez sin embargo, cobró ánimo, y esto fué cuando hácia el año de 890, vinieron á ofrecerle de parte de Ibn-Hafzun, la cabeza de Khair-ibn-Chakir, señor de Jodar. Vió en este acto un rayo de esperanza. Se figuraba que su terrible adversario iba por fin á concederle la paz que tanto tiempo solicitaba; la cabeza de Khair, era para él la prenda de una próxima reconciliacion; Ibn-Hafzun pensaba, se muestra reconocido á los consejos que le había dado, pues que le había avisado de que Khair jugaba con dos barajas, y que al lado de Hafzun reconocía tambien por soberano á Daisam príncipe de Todmir. Estremadamente celoso de su autoridad, Ibn-Hafzun había hecho pronta y terrible justicia. Habiéndole pedido Khair un refuerzo, se lo había enviado; pero dándole orden al mismo tiempo á su teniente que se llamaba en español el Rogol y al-Ohamir en árabe (el Rogillo), la orden

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 16 v.

secreta de cortarle la cabeza al traidor. (1) Por lo demás, Ibn Hafzun sacó bien pronto al Sultan de sus ilusiones. En lugar de negociar fué á sitiar las fortalezas de la provincia de Cabra que aun se mantenían por el Sultan. (2)

La situacion no podía empeorar. Abdallah comprendió al fin que era preciso jugar el todo por el todo, y anunció á sus visires que habia resuelto ir á atacar al enemigo. Los visires estupefactos le representaron los peligros á que iba á esponerse. «Las tropas de Ibn-Hafzun, le decían, son mucho mas numerosas que las vuestras y tenemos que habérnolas con enemigos que no dan cuartel.» No persistió por eso menos en su proyecto, (3) y en verdad que por poco que tuviera el sentimiento de su nacimiento y su dignidad, debía preferir á su actual ignominia, una muerte honrosa en el campo de batalla.

(1) Ibn-Haiyan, fól. 18 v, 70 v,

(2) Ibn-Haiyan, fól. 70 v. 71 r.

(3) Ibu-Haiyan, fól. 71 v.

XV. (1)

Ibn-Hafzun, supo con mezcla de asombro y de alegría, la atrevida resolución que había tomado el Sultan. «Ya es nuestra esa manada de bueyes! dijo en español á Ibn-Mastana. Que venga ese Sultan! Quientos ducados al primero que me anuncie que se ha puesto en camino!» Poco despues recibió en Écija la noticia de que la gran tienda del Sultan acababa de ser llevada á la esplanada de Secunda. En seguida formó el proyecto de ir á quemarla. Si este golpe de mano le salía bien, iba á poner en ridículo al Sultan. Ibn-Hafzun, con algunos

(1) Ibn-Haiyan, fól, 71 v.-80 r.

escuadrones, llega al amanecer á la esplanada de Secunda. Cae de repente sobre los esclavos y los arqueros que estaban de guardia en el pabellon, pero estos aunque pocos en número, se defienden bravamente y atraídos por sus gritos los soldados de la ciudad corren á ayudarlos. Como no se trataba en el fondo mas que hacer una jugareta al Sultan, apenas vió Ibn-Hafzun que iba á acabar mal la empresa, ordenó á sus caballeros volver grupas y marchar á escape á Polei. La caballería del Sultan los persiguió matando algunos.

Por insignificante que hubiera sido este encuentro nocturno, tomó gigantescas proporciones á los ojos de los cordobeses. Cuando al amanecer toda la poblacion de la capital salió al encuentro de la caballería del Sultan, que volvía de su persecucion, con algunos caballos cogidos y algunas cabezas cortadas, no dejó de admirar estos trofeos, y se refería con alegría y con orgullo, que Ibn-Hafzun, huyendo, se había salido del camino real, y que cuando llegó á Polei no llevaba consigo mas que un solo caballero.

Pronto, sin embargo iba á empeñarse un combate más sério, y como se sabía que

tendrían que batirse uno contra dos, no confiaban en el éxito en manera alguna. El ejército del Sultan no se componía mas que de catorce mil hombres, de los cuales solo cuatro mil eran de tropas regulares; Ibn-Hafzun, por el contrario, tenía treinta mil hombres. Sin embargo, el Sultan dió la órden de ponerse en marcha y de tomar el camino de Polei.

El juéves 15 de Abril del año 891, llegó el ejército cerca del riachuelo que corre á media legua del castillo, y segun costumbre se convino por ambas partes en que el combate tendría lugar al dia siguiente.

Este dia, que era para los cristianos Viernes Santo, (1) el ejército del Sultan se puso en marcha al amanecer, mientras que Ibn-Hafzum formaba sus soldados en batalla al pié de la colina, sobre que estaba el castillo. Estaban llenos de entusiasmo, y en su ardor guerrero se creian seguros de la victoria. No sucedía lo mismo en el campo de Abdallah. Este ejército era su último recurso; con él iba toda la fortuna de los Omeyas; si perecía en un gran desastre, todo estaba perdido. Para colmo de desdi-

(1) Véase la nota C. al fin de este tomo.

chas estaba mal mandado, y poco faltó para que su general en jefe, Aldelmelic-ibn-Omeya no lo entregara al enemigo, por una inhabil maniobra. Ya lo había hecho avanzar, cuando desaprobando luego la posición que había tomado, lo ordenó retroceder hasta una montaña que se hallaba al norte de la fortaleza. Comenzaba á ejecutar esta orden, cuando el general de vanguardia, un bravo cliente omeya, llamado Obaidallah, de la familia de los Beni-Abú-Abú-Abdá, corre hácia el Sultán gritando: «Dios mió! Dios mió! ten piedad de nosotros! Adónde os llevan, Emir? Estamos enfrente del enemigo y vamos á vol verle la espalda? Entonces creerá que le tenemos miedo, y vendrá á destrozarnos!» Y decía bien: Ibn-Hafzun se había apercebido de la falta de su contrario y se disponía á aprovecharse de ella. Así que el Sultán no disputó sobre la exactitud de la observación de Obaidallah preguntándole solo lo que había que hacer. «Ir adelante, le contestó el general, atacar con vigor al enemigo, y que se haga la voluntad de Dios!—Haz lo que quieras, le replicó él Sultán.»

Sin perder un momento, Obaidallah volvió enseguida á su división, y la ordenó

caer sobre el enemigo. Las tropas se movieron, pero casi desesperando del suceso. «Qué pensais del éxito de esta batalla? preguntó un oficial al teólogo Abu-Merwan, hijo del célebre Yhaya-ibn-Yhaya, y tan afamado él mismo por su saber y su piedad, que se llamaba «el Chaikh de los musulmanes».—Qué os he de constestar, primo mio? replicó el doctor: no puedo daros otra respuesta que estas palabras del Omnipotente: «Si Dios viene en nuestra ayuda quién podrá vencernos? y si nos abandona, quién nos podrá socorrer?» (1)

El resto del ejército no tenía más confianza que la vanguardia. Los soldados habían recibido orden de depositar su bagaje, de levantar tiendas y formar en batalla; pero en el momento en que se hallaban ocupados en estender un pabellon para el Sultan, se rompió un puntal destinado á sostenerlo de modo que el pabellon cayó por tierra.—«Mala señal,» murmuraron todos. «Tranquilizaos, dijo entónces un oficial superior; eso no anuncia nada malo, porque lo mismo sucedió cuando iba á darse otra batalla, y sin embargo, se alcanzó entónces una bri-

(1) Texto del Coram Sur. III, vs. 154.

llante victoria:» Y diciendo esto, levantó el pabellon con otro puntal que había cogido en los bagajes.

Tambien en la vanguardia, donde ya había comenzado el combate, era preciso que los oficiales y los doctores de la religion, borráran el efecto producido por muchos malos presagios. Dotados de feliz memoria, y acaso de rica imaginacion, no dejaban de citar precedentes siempre que era preciso. En la primera fila combatía Rahici, valiente guerrero que había envejecido bajo la armadura, y al mismo tiempo poeta distinguido. Cada vez que hería con la lanza ó con la espada, improvisaba versos. De pronto cayó herido mortalmente. «¡Mal presagio, gritan los soldados conternados; el primero que cae es uno de nosotros!—Nó, responden los doctores, es por el contrario un presagio felicísimo, porque en la batalla de Guadacelete, en que batimos á los toledanos, el primero que cayó fué tambien uno de los nuestros.»

Pronto se hizo general el combate en toda la línea. Era un zipizape horrible; al ruido de los bélicos instrumentos se mezclaba la voz de los doctores musulmanes y de los sacerdotes cristianos, que recitaban ora-

ciones ó pasages del Coran y de la Biblia. Contra toda esperanza, los realistas del ala izquierda obtenian cada vez más ventajas sobre el ala derecha de Ibn-Hafzun. Después de haberla hecho retroceder, cortaban cabezas á porfia, y se las llevaban al Sultan, que había prometido una recompensa á cada soldado que le presentase una. Él, por sí, no tomaba parte en el combate, Sentado bajo su pabellon, miraba á los otros combatir por él, y con su hipocresía ordinaria, recitaba versos como estos:

«Que otros pongan su confianza en el gran número de sus soldados, en sus máquinas de guerra y en su valor: yo no pongo la mia mas que en Dios, único y eterno.»

Habiendo sido completamente derrotada el ala derecha de los andaluces, todo el ejército realista cargó sobre el ala izquierda que mandaba Ibn-Hafzum en persona. Pero apesar de sus esfuerzos, y aunque según costumbre dió pruebas de gran valor, no logró mantener sus soldados en su puesto. Más ardientes que firmes, tan fáciles á la desanimacion como al entusiasmo, desesperaron demasiado pronto del suceso, y ce-

diendo el campo, volvieron la espalda al enemigo. Unos huyeron en dirección de Écija, perseguidos por la caballería realista que los acuchillaba á centenares; otros, entre los que se encontraba el mismo Ibn-Hafzun, fueron á refugiarse al castillo, pero como los fugitivos del ala derecha estorbaban la entrada, los reciénvenidos trataban en vano de abrirse paso, y para salvar á su jefe, los soldados que estaban en las murallas tuvieron que tomarle en brazos y sacarle del caballo para introducirlo en el recinto. Mientras que la multitud se oprimía en la puerta del castillo, los soldados, del Sultan saqueaban el campamento enemigo. Llenos de un gozo tanto mayor cuanto que era mas inesperado, se divertían en lanzar invectivas contra sus adversarios, todos cristianos á sus ojos, que acababan de perder una batalla tan importante, justamente en la antevíspera de Pascuas. «El juego era muy divertido, decía un soldado; hermosa fiesta para ellos! La mayor parte no verán el día de Pascua; qué lástima!— Magnífica fiesta en verdad, replicó otro, con muchas víctimas; toda fiesta religiosa debe tenerlas.—Ved para lo que sirve una buena estocada, añadió un tercero; ellos habían

bebido en la comunión á pote, y si nosotros no le hubiéramos quitado la borrachera, estarían durmiendo la mona todavía!—Sabeis, observó otro que tenía alguna tintura de historia, sabeis que esta batalla se parece exactamente á la de la Pradera de Rahita? También tuvo lugar en un viernes que era fiesta, y nuestra victoria no ha sido menos brillante que la que los Omeyas obtuvieron entónces. Mirad esos guerreros, cómo yacen hecho cuartos al pié de la colina! En verdad que compadezco al suelo condenado á llevar sus cadáveres; si pudiera quejarse no dejaría de hacerlo!» Mas adelante, el poeta de la corte, Ibn-Abd-rabihi, reproducía estas groseras y brutales chanzas, esas palabrotas de cuartel, en un largo poema de mal gusto y lleno de juegos de palabras pero que tiene el mérito á lo menos de espresar vigorosamente todo el ódio y el desprecio que los realistas tenían á los andaluces.

Los soldados del Sultan tenían mas de que alegrarse. Ibn-Hafzun quería permanecer en el castillo y sostener un sitio, pero los soldados de Écija le declararon que el deber los llamaba á su ciudad, que segun todas las probabilidades, iba á ser sitiada por

el Sultan. Ibn-Hafzun se opuso enérgicamente á su partida, quiso hasta detenerlos á la fuerza en el castillo, pero ellos rompieron la muralla por el lado del norte y huyeron á su ciudad natal. Abandonados así, los otros soldados pretendieron que no eran número suficiente para defender el castillo y que por consiguiente era preciso evacuarlo. Después de larga resistencia, Ibn-Hafzun accedió finalmente á sus deseos. Á media noche salieron de la fortaleza, pero esto no fué una retirada, sino una fuga precipitada, un sálvese quien pueda general. En medio del horrible desorden y de la oscuridad, el mismo Ibn-Hafzun tardó mucho en encontrar una montura; al fin topó con un miserable jamelgo que pertenecía á un caballero cristiano y habiendo cabalgado en él, no cesaba de aguijarle tratando de hacer trotar á esta maldita bestia que hacía muchos años había tomado la costumbre de no marchar mas que al paso. Preciso era aligerar en efecto. Habiéndose apercebido de la fuga de sus enemigos, los realistas empezaron á perseguirlos. «Y bien, le dijo entónces Ibn-Mastana que galopaba al lado de Ibn-Hafzun, y que á pesar de la inminencia del peligro conservaba entero su buen

humor, su frescura verdaderamente andaluza, tú habías prometido quinientos ducados al que viniera á traerte la noticia de que el Sultan se habia puesto en campaña. Me parece que Dios te ha devuelto esta suma con usura. No es cosa tan fácil vencer á los Omeyas; qué dices tú?—Lo que yo digo, le respondió Ibn-Hafzun, á quien la ira habia quitado la gana de bromas, lo que yo digo es, que de la desgracia que nos ha acontecido tiene la culpa tu cobardía y la de los que te se parecen. Vosotros no sois hombres, vosotros!»

Al amanecer del quinto dia, Ibn-Hafzun llegó á la villa de Archidona, pero no se detuvo allí mas que un momento y habiendo mandado á sus habitantes ir á Bobastro lo mas pronto posible, continuó su camino hácia esta fortaleza.

Por su parte el Sultan, despues de haber tomado posesion del castillo Polei, donde encontró gran cantidad de dinero, de provisiones y de máquinas de guerra, mandó que le dieran el registro donde estaban escritos los nombres de todos sus súbditos musulmanes. Enseguida hizo traer los prisioneros y les anunció que á todos los que estaban inscritos como musulmanes les per-

donaba la vida siempre que jurasen que todavía lo eran, pero que todos los cristianos serian ajusticiados á menos que no abrazasen el Islamismo. Todos los cristianos que eran cerca de cinco mil prefirieron la muerte á la apostasía. Uno solo desmayó cuando ya iba á herirlo el verdugo y salvó la vida pronunciando la profesion de fé musulmana. Los demás sufrieron la muerte con verdadero heroismo y acaso juzgue alguno que estos oscuros soldados merecieron mejor el título de mártires que los fanáticos de Córdoba á quienes había decorado cuarenta años antes.

Habiendo dejado suficientemente guarnecido á Polei, el Sultan fué á sitiar á Écija. Como esta ciudad tenía una guarnicion muy considerable, gracias al gran número de fugitivos que se habian refugiado en ella, hizo una tenaz resistencia. Desgraciadamente no encerraba víveres suficientes para alimentar á todos sus defensores, así que, al cabo de algunas semanas se hizo sentir el hambre, y como aumentaba de dia en dia, fué preciso pensar en la capitulacion. Los andaluces entraron en parlamento, pero el Sultan exigía que se rindieran á discrecion. Ellos se negaron aunque el ham-

bre hacía en la ciudad terribles estragos, de modo que los habitantes desesperados enseñaban desde lo alto de la muralla á los sitiadores sus mugeres y sus hijos hambrientos implorando piedad á grandes voces. Al fin, el Sultán se dejó ablandar. Concedió á los sitiados una amnistía general y cuando recibió sus rehenes, les nombró gobernador, tomó el camino de Bobastro y estableció su campamento cerca de esta fortaleza.

Pero en Bobastro, en una tierra donde conocía todas las colinas, todos los valles y todos los desfiladeros, Ibn-Hafzum era verdaderamente invencible. Demasiado lo sabían los soldados cordobeses. Así que en seguida comenzaron á murmurar. Decían que ya la campaña se había prolongado bastante, que no querían gastar las pocas fuerzas que les quedaban en una operación sin objeto, y que sus adversarios saldrían mas bien pujantes que abatidos de una lucha en la que, cuando se trataba de mantenerse á la defensiva, su superioridad había sido demostrada mas de una vez. Obligado á acceder á sus deseos, el Sultán dió la orden de retirada dirigiéndose á Archidona. Antes de llegar, los cordobeses tuvieron que

pasar un desfiladero muy estrecho donde fueron atacados por Ibn-Hafzun, pero gracias al talento de Obaidallah, salieron de este encuentro con honor. Habiendo ido luego á Elvira, cuyos habitantes le dieron rehenes, el Sultan volvió á Córdoba con su ejército.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalif
CONSEJERÍA DE CULTURA

XVI.

La victoria obtenida en Polei, salvó al Sultan en el momento mismo que parecía perdido. Polei, Écija y Archidona, centinelas avanzadas del partido nacional estaban tomadas, Elvira había vuelto á la obediencia y Jaen de donde Ibn-Hafzun habia retirado sus tropas, había seguido el ejemplo de Elvira. (1) Eran en verdad hermosos triunfos que hicieron tanta mayor impresion en la opinion pública, cuanto mas imprevistos eran. Ibn-Hafzun había perdido mucho de su prestigio, demasiado lo conocía él. Sus embajadores ántes tan acari-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 77 v.

clados por Ibn-Aghlab, fueron desde entónces friamente recibidos, les decía que él también tenía rebeliones que sugetar y que por consiguiente no tenía comodidad para mezclarse en los asuntos de España. (1) Naturalmente, no se cuidaban en África de apoyar un pretendiente que se dejaba vencer y no se volvió á hablar mas de su nombramiento de gobernador de España por el Califa de Bagdad. Por el contrario, el Sultan se había rehabilitado en el ánimo de muchos. Los ciudadanos pacíficos que cansados del desórden y anarquía, veían en el restablecimiento del poder real, la única tabla de salvacion, tomaban actitud mas firme y decidida. Pero si no se pueden desconocer las ventajas que el Sultan había obtenido, es preciso sin embargo, no exagerarlas. El poder de Ibn-Hafzun habia sufrido un rudo contratiempo, pero estaba léjos de haberse aniquilado; así que no desesperaba de restablecerlo. Por el pronto tenía necesidad de paz y la pidió. El Sultan se declaró propicio á concedérsela siempre que le entregase uno de sus hijos en rehenes. Ibn-Hafzun lo prometió, pero como

(1) Nowairi, p. 466; Ibn-Khaldun, fól. 11 r.

tenía intencion de volver á comenzar las hostilidades, en cuanto le conviniera, engañó al Sultan mandándole nó uno de sus hijos, sino el de uno de sus tesoreros que él habia adoptado. El fraude no fué descubier- to por el pronto, pero luego se tuvieron sospechas, se informaron y habiendo sido descubierta la verdad, el Sultan le censuró su mala fé y le exigió por rehenes un hijo verdadero, y como Ibn-Hafzun no quisiera satisfacer esta demanda la guerra comenzó de nuevo. (1)

El jefe andalúz recobró con sorprenden- te rapidéz el terreno que habia perdido. Sabiendo que podia contar con los habi- tantes de Archidona, envió á esta ciudad hombres de su devocion que lo hicieron tan bien, que el pueblo se insurreccionó. Los empleados á quien el Sultan habia confiado el gobierno de la ciudad, fueron presos durante la noche y entregados á Ibn-Haf- zun cuando éste entró con sus tropas en la ciudad (892.) Poco despues, vinieron dipu- tados de Elvira á comunicarle que aquella ciudad habia sacudido tambien el yugo y que contaban con su apoyo; fué allá y puso

(1) Ibn-Haiyan, fól. 82 r y v.

una guarnicion en la ciudadela. Pero el partido realista que era muy numeroso en Elvira, no se dió por vencido. Secundado por el gobernador de Úbeda tomó las armas, echó á los soldados de Ibn-Hafzun, eligió un Ayuntamiento y trajo á la ciudad al gobernador que el Sultan habia nombrado. Los partidarios de la independencia, intimidados por la proximidad del ejército del Sultan que sitiaba entónces á Carabuey, una de las fortalezas de Ibn-Mastana, no se habian opuesto á esta resolucion, pero en cuanto el ejército volvió á Córdoba, levantaron la cabeza y poniéndose en relaciones con Ibn-Hafzun á escondidas del Consejo, aprovecharon la oscuridad de la noche para introducir algunos de sus soldados en la ciudadela, y advertido Ibn-Hafzun del éxito de la empresa por las hogueras que sus partidarios habian encendido, entró tambien con el grueso de sus tropas, mientras que los realistas despertados de improviso por los gritos de júbilo de sus adversarios, quedaron tan estupefactos que no pensaron siquiera resistir. Fueron castigados severamente, todos sus bienes les fueron confiscados. Al gobernador nombrado por el Sultan le cortaron la cabeza.